

Nouchet, pero parecía de los que usan de su poder inexorablemente. La joven exhaló un profundo suspiro.

—¡Ay de Lancewood,—musitó,—si cae en semejantes manos!

Entonces ocurrió otra escena. Debajo de la terraza estaba jugando Osvaldo con la muchacha que tenía cuidado de él. La doméstica hizo algo que desplació al niño. Este levantó un látigo que tenía en la mano y lo descargó sobre la boca de la muchacha. La pobrecilla rompió á llorar del dolor. Milady y el conde se aproximaron para ver lo que ocurría. La muchacha dió llorando su queja.

—Es que no sabe usted manejarlo,—dijo milady,—debiera usted conocerle ya.

—Aparentemente sir Osvaldo sabe manejar su látigo,—observó el conde.

—¡Son mis criados,—exclamó el niño apasionadamente,—y puedo hacer con ellos lo que quiera!

—No se explica mal,—dijo el conde.

Pero había un destello en sus ojos, un pliegue en su boca, que dijeron á Bibiana, más claramente que con palabras, cuál era su impulso de tomar el látigo y vapulear al niño.

Lady Neslie volvió la espalda riendo.

—Ten presente, Osvaldo, que no debes permitirte golpear á un hombre así, ó pudieran lastimarte,—dijo.

Y se alejó con el conde, que se inclinaba obsesivamente á su lado; los dos testigos de la escena se miraron.

Aun no habían tenido tiempo de cambiar una palabra, cuando apareció el aya. Era hora de que sir Osvaldo se fuese á la cama.

—¿De veras?—dijo el niño.—Pues lívame si puedes.

Y se echó al suelo, resistiéndose, luchando, defendiéndose. Finalmente fué dominado y conducido retorciéndose y gritando.

Bibiana le miró con chispeantes ojos. Un súbito, casi intolerable sentimiento de su agravio, se apoderó de ella. Pensó en lo que ella hubiera podido ser para Lancewood, lo que ella le hubiese amado. Pensó en su amor sin esperanza; de sus vanos intentos para preservar immaculado el honor de su nombre. Miró en los años por venir y vió Lancewood, su honrado hogar, un centro de habillitas de la comarca, una escena de baja disipación; lo vió deshonorado, desmantelado, su gloria marchita, arruinado más cruelmente que si sus paredes hubiesen sido ennegrecidas por el fuego. Juntó las manos lanzando un grito de pena. Todo el orgullo de su naturaleza despertó en ardiente rebelión. En aquel momento hubiese dado su vida por salvar á Lancewood. Estaba fuera de sí con la cólera, el orgullo, la desesperación.

—Si ese niño muriese,—exclamó,—todo esto terminaría. El poder y el gobierno de esa falsa é intrigante mujer cesaría y Lancewood estaba salvado. No le deseo ningún daño... pero si muriese, ¿qué cambio en todo!

—Su muerte sería la salvación de Lancewood,

—convino Gerardo;—pero los niños de esa especie rara vez mueren.

Hizo un movimiento, pues Bibiana le miraba con una extraña expresión en sus ojos. Durante un segundo, asaltóle la fantasía de que otra alma estaba mirándole desde sus ojos.

—Quisiera,—dijo precipitadamente,—que desapareciese sin recibir daño... que se lo llevasen á algún país remoto. Es tan joven que olvidaría todo lo concerniente á esta casa... que no es realmente suya; jamás debió ser suya. Fuese mejor que Lancewood quedase arrasada hasta los cimientos á caer en manos del hijo de una "cayére." Gerardo,—exclamó llamándole por la primera vez por su nombre de pila,—esto no sería gran pecado. Ese niño no tiene derecho á Lancewood. El hijo de una titiritera, el nieto de un mercader, la más baja, pobre sangre de Francia en sus venas... no tiene derecho á Lancewood.

Dios me oye y sabe que digo la verdad,—añadió;—si su madre fuese una señora, si existiese en él la menor partícula del espíritu de los Neslie, yo estaría contenta, orgullosa, feliz; pero no tiene nada. Se hará mayor tal como es ahora... falso, astuto, cruel, tiránico, y, si su madre le educa, disipado. ¿Qué será de Lancewood en sus manos? Si desapareciese,—exclamó con violenta pasión,—si se lo llevasen muy lejos de aquí, ocultándole su nombre y origen... si esto pudiese ser, daría mi vida por verlo realizado.

Gerardo contempló aquel rostro, iluminado por la pasión y el orgullo. Acercóse, y murmuró, con un dulce y culpable gozo á través de sus venas:

—Supongamos,—dijo,—que alguien hiciese esto... alguien que sería siempre bueno para él, que le daría una educación brillante, que le pondría en condiciones de prosperar en la vida honrada y decentemente... ¿qué haría usted por semejante hombre? ¿Qué le daría usted?

—Mi vida entera,—contestó ella vivamente.—Semejante hombre sería el bienhechor de los Neslie. El haría lo que yo no puedo hacer... conservar este honor immaculado.

Gerardo guardó silencio unos momentos.

—Si alguien,—dijo después—hiciese esto por usted... fijese usted bien... por usted sola... ¿qué le daría usted? ¿qué recompensa obtendría?

—Todo cuanto me pidiese,—respondió ella, sin percatarse de lo peligroso de su ofrecimiento.

Por la primera vez tocó Gerardo su mano; en uno de sus dedos brillaba un anillo con una gruesa perla.

—Démelo usted,—dijo,—como prueba de que es formal lo que está diciendo.

Bibiana se sacó el anillo y lo colocó en el dedo de Gerardo.

—Miss Neslie,—dijo éste,—míreme usted en la cara y dígame... ¿piense usted su respuesta... es formal lo que ha dicho usted?

—¡Sí, sí!—exclamó ella.—Es la única manera de salvar á Lancewood. Ahora no me es posible verlo todo con claridad... mi cerebro está confuso... todo cuanto he visto y oído me ha puesto casi loca. Me parece que he perdido el dominio sobre mí misma, el poder de pensar, que he olvidado algo que debiera recordar. Si Osvaldo des-

apareciese así, lady Neslie tendría que marcharse y Lancewood se habría salvado.

Se pasó la mano por los ojos al decir estas palabras, y su expresión de extravío le impresionó.

—¿Cómo ama usted á Lancewood!—dijo, casi con amargura.

—Es el amor de toda mi vida,—contestó ella.—¿Recordará usted?—dijo señalándole el anillo que ella había puesto en su dedo.

—Jamás olvido,—contestó ella, hablando como quien despierta de un sueño.

—Miss Neslie, mañana me voy á Londres,—dijo Gerardo con voz alterada.

Y, viendo que milady estaba cerca, añadió en voz baja:

—¿Puedo hacer algo por usted?

—¿A Londres?—repitió la joven sorprendida.—Yo pensaba...

—Voy á Londres,—repitió él.—Saldré en el primer tren, y probablemente estaré allí diez ó doce días. ¡Ah!... Milady me mira... voy á decirselo.

Lady Neslie, en efecto, había divisado el grupo. Gerardo se dirigió á su encuentro.

—Le estaba diciendo á miss Neslie que deseo marcharme á Londres mañana en el primer tren,—dijo,—y si usted me lo permite, permaneceré allí unos días.

Valeria estaba en uno de sus buenos momentos.

—Ciertamente,—respondió.—Lancewood le echará á usted de menos, Mr. Norman. No se escribirá una carta ni se ajustará una cuenta hasta que usted no vuelva. ¡Espero que no sea nada desagradable lo que le obliga á partir!

Milady empezaba á comprender el mérito del joven. Era de apreciar en aquellos días, cuando ella disipaba su tiempo en fiestas y fantasías tener una persona en quien depositar implícita confianza. Los asuntos de la casa iban siempre al corriente. Invitable á que pasase la noche en el salón. Por razones particulares, aceptó Gerardo, mientras Bibiana, rodeada de nacies sombras, había escondido el rostro en el césped, exclamando:

—¡Si obro mal, Dios me lo perdone! ¡Es mi única esperanza!

CAPITULO XII

—Tonterías!—dijo lady Valeria.—Todos los criados son lo mismo: se mueren por darme un susto. El niño está bueno y sano.

—Es lo más probable,—dijo su acompañante, el conde de Calloux;—pero quizás se haya extraviado en el bosque.

—No se ha extraviado,—replicó milady impaciente.—Tan sólo negligencia de la muchacha. Porque no lo ha encontrado justamente en el lugar donde lo había dejado, ya tiene la seguridad de que se ha perdido. En estos tiempos nadie roba niños.

—No es usted una de las madres más ansiosas,—observó el conde con una sonrisa.—No

quiere usted permitir que su corazón vaya demasiado lejos por causa de su hijo.

—Está usted equivocado,—dijo milady.—Este niño representa á Lancewood, y vale, por lo tanto, como él. Dejando aparte todo amor, no quisiera perderle por todo lo del mundo; perdiéndole á él, pierdo esta noble, antigua mansión y una gran parte de mi renta. Espero que nada le habrá ocurrido.

Esta conversación tuvo lugar entre milady y el conde, cinco días después de la partida de Gerardo para Londres. La mañana era calurosa; milady, con la más elegante de las manteletas y el más coquetón de los sombreros, había salido para ampararse bajo la sombra de un corpulento cedro. El conde de Calloux se había apresurado á seguirla; su anunciada partida á París había sido aplazada. Mientras estaban hablando, haciéndose la corte magistralmente, la encargada de Osvaldo, Mrs. Corby, había ido toda pálida y asustada, á comunicar que no encontraba al niño por ningún lado. Lady Neslie se indignó grandemente ante el hecho de que hubiesen interrumpido aquel agradable dúo, para un asunto que le parecía un deseo de hacer sensación.

—Vaya usted y búsquele,—dijo.

Y la doméstica, que tenía la cólera de su ama, se apresuró á obedecer.

Pasó media hora; milady había olvidado ya el pequeño incidente. Estaba escuchando embelesada alguno de los más dulces y graciosos cumplimientos que había oído—realmente el conde tenía talento para estas cosas—cuando apareció el aya, más blanca y espantada que antes.

—Milady,—dijo,—lo siento mucho... pero realmente estoy asustada... no podemos encontrar á sir Osvaldo.

—¿Dónde le dejó usted?—preguntó Valeria.

—Esta mañana no ha dado lección; usted dijo que hacía demasiado calor y que le sacase... —Ya sé,—fué la impaciente interrupción.—Pero, ¿dónde le llevó usted?

—Al bosque... hasta la orilla del río.

—¿Y bien?—dijo Valeria, pues la mujer se detuvo y comenzó á sollozar.

—Después,—continuó Mrs. Corby,—sir Osvaldo se puso rabioso; dijo que quería pescar y que volviere yo por su caña.

Milady palideció.

—¿Pero usted,—dijo,—no habrá sido tan estúpida y negligente para dejar al niño solo?

—Milady... el señorito me pegó, gritó, me mordió las manos... estaba tan furioso que no me atreví á desobedecerle. Sentóse sobre una rama y me prometió no moverse de allí. Pero cuando volví con el aparejo ya no estaba.

Lanzando un violento grito, lady Neslie se levantó de su asiento.

—¡Que vengan todos los criados!—gritó.—¡Que registren todos los rincones! ¡Que no se pierda un momento!

—Sería prudente dragar el río,—observó el conde.

Valeria le miró con extraviados ojos.

—¿Dragar?—repitió.—¿No sabe usted que el Ringe es un río profundo y de veloz corriente que

se precipita en el mar? Recuerdo... ¡oh Dios mío... qué bien lo recuerdo! Sir Arturo me contó de una joven... una hermosa joven... que se arrojó al río... y su cuerpo fué encontrado muy lejos de aquí... sobre la playa.

—No se desespere usted; el niño puede haberse perdido en el bosque... siguiendo una mariposa ó un pajarillo. No debemos pensar que ha caído al río por el mero hecho de haberlo dejado en la orilla. Esa aya merece un buen correctivo.

—Busquen á miss Neslie—dijo á uno de los criados que habían acudido;—enviar recado á Hydewell... que los guardas registren el bosque. ¡Oh hijo mío, hijo mío... pierdo á Lancewood si te pierdo á tí!

Y luego encaminóse rápidamente á la casa.

Cuanto poco afecto maternal había en su pecho, entró en acción. Momentos después estaba en la habitación de Bibiana, pálida, jadeante y angustiada.

—¡Bibiana,—exclamó,—el niño se ha perdido! ¡Estoy segura de que ha caído en el río!

Una sincera expresión de disgusto se pintó en el rostro de Bibiana. Lady Neslie repitió la historia del aya.

—Siempre he dicho,—añadió,—que ese río era peligroso... que no debía acercarse. ¡Oh Bibiana! ¿Qué hacer?

—Lo siento mucho,—dijo gentilmente;—pero no malgastemos el tiempo hablando. Enviemos gente inmediatamente.

Y mientras el ardiente sol de Agosto brillaba con desapiadada intensidad, una multitud de gente registraba el parque, la campiña, el bosque; pero no se encontró rastro del pequeño heredero.

Transecurrieron las horas y no se tenían noticias de él. Lady Neslie sufría indeciblemente. A pesar de su frivolidad, de su ligereza y egoísmo, amaba al niño á su manera. Bibiana estaba también apesadumbrada. Una cosa era desear que el niño desapareciese para salvar el honor de la casa, y otra encontrar que probablemente había perecido ahogado en las profundas aguas del río.

Cayó la tarde; el horizonte se tiñó de púrpura por poniente. Entonces llegaron noticias de Osvaldo; tristes, terribles noticias. Algunas millas, río abajo, donde la corriente era más rápida, donde se precipitaba en derechura al mar, habían encontrado el sombrero y la capita del niño; evidentemente habían estado mucho tiempo en el agua, y el reflujo los había arrojado á la orilla. Más lejos encontraron el latiguillo que llevaba siempre en la mano.

—Se ha ahogado, no cabe duda,—dijo el conde, cuando aquellos objetos fueron puestos de manifiesto.

La infeliz madre fué atacada de un accidente nervioso.

—¡Si le he perdido, he perdido á Lancewood!—exclamó.

Y Bibiana, que estaba junto á ella, con la compasión brillando en sus claros ojos, dijo:

—¡Daría cuanto da Lancewood porque viese,

Y lo decía con todo su corazón.

Durante algunos días mantuvieron un destello de esperanza; los criados continuaban sus pesquisas, se pusieron avisos en todos los periódicos, y fueron ofrecidas crecidas recompensas. Todo en vano; todo el mundo llegó á la misma conclusión; el pequeño heredero se había ahogado en el río, y su cuerpo transportado al mar.

—¿Podían haberlo robado?—preguntó milady, asíndose á este último rayo de esperanza.

Se le dijo que no era probable, que la comarca había sido registrada, y que se sabía que ni gitanos ni furtivos se habían acercado á Hydewell hacía mucho tiempo.

Se extinguió toda esperanza. Milady vistió el luto más riguroso; el aya, culpable de negligencia, fué despedida con el posible vilipendio; una losa de mármol fué colocada en la iglesia de Hydewell; todos los periódicos dedicaron sentidos párrafos á la prematura muerte del heredero de los Neslie, añadiendo que este accidente llevaba toda la fortuna á manos de miss Bibiana Neslie.

Gerardo Norman continuaba todavía en Londres; escribió, expresando su sentimiento por lo que había ocurrido y rogando á milady que le perdonase su demora.

Después el abogado, Mr. Greston, apareció de nuevo en escena. Una vez más era Bibiana la dueña legítima de Lancewood.

—Créame usted,—dijo la joven con lágrimas en los ojos;—hubiese preferido que no fuera mío... á ese precio.

—No podemos escoger,—observó Mr. Greston;—es necesario aceptar lo que la Providencia nos envía. Lo siento por el niño... es decir, hasta cierto punto, por él y por su madre; pero me alegro de que Lancewood caiga de nuevo en buenas manos. Toda la fortuna... y aun la familia, se hubiese ido á fondo á vivir ese niño. ¿Supongo que milady, con su séquito de franceses, tomará ahora el pasaporte?

—Así lo creo,—replicó Bibiana, pensativa.—Sin embargo, estoy tan apenada por ella, que, si creyese que le placía quedarse aquí, se lo permitiría.

—Permítame usted que le aconseje, miss Neslie, no hacer semejante cosa. Nunca me ha gustado milady; y, si me hubiese atrevido, le hubiese dicho á sir Arturo, desde el primer momento, que no era la compañera que necesitaba. Creo que no obro mal, diciendo que la muerte de ese niño ha sido providencial.

Bibiana le miró con tristeza.

—A veces,—dijo,—cuando me veía cruelmente probada, he pensado que su muerte podía ser lo más conveniente para Lancewood, y con frecuencia he deseado que desapareciese... pero ahora que ha venido deploro su muerte... la deploro con toda mi alma.

—Pasados unos momentos, Mr. Greston dijo:

—Conozco á lady Neslie; y, con su permiso, le echaré una puntadita para hacerle recordar que esta ya no es su casa. Páreceme á mí que todo

CAPITULO XIII

Al caer de una tarde calurosa llegó Gerardo Norman á Lancewood. Miss Neslie no le vió, pues el joven se retiró á sus habitaciones. Bibiana habló á Mr. Greston de su llegada.

—¿Quiere usted que le invite á comer con nosotros?—dijo.—Quizás le gusta á usted charlar un rato con él de sobremesa.

—¡Ya lo creo!—exclamó el abogado.—Le estimo por su inteligencia y su celo por la casa.

Bibiana vió á Gerardo unos breves momentos antes de comer; pero, como el abogado estaba presente, no pudo hacerle ninguna pregunta. El joven miró el luto de miss Neslie y luego la miró en los ojos; y, sin saber por qué, aquella mirada la puso inquieta.

Durante la comida, Mr. Greston refirió más de una vez las circunstancias de la muerte del niño. Luego contó un idéntico incidente ocurrido en una noble familia, en cuyos negocios él intervenía. Y cada vez que Osvaldo era mencionado, los ojos de Gerardo buscaban los de Bibiana.

—¿Debió usted quedar muy sorprendido?—preguntó Mr. Greston á Gerardo.

—Mucho,—replicó éste con quieta brevedad.

—No enteramente en vano,—repitió Gerardo.—Y Bibiana se admiró de su laconismo.

Terminada la comida, la joven dejó á los dos hombres saboreando los postres, y Mr. Greston se tornó grandemente comunicativo.

—No me considero irreverente,—dijo,—al declarar que la muerte del heredero me parece providencial. Si el niño hubiese vivido, todo hubiese acabado para los Neslie de Lancewood. Milady hubiera arruinado á la familia. En tan poco tiempo ya se nota gran diferencia en la casa; hay orden, regularidad, método. Ahora es la casa de un caballero, regida por una señora... antes era algo que se resiste á la descripción. Me alegro cordialmente de que miss Neslie haya vuelto al gobierno de Lancewood. Es una noble mujer.

—¡Mirse á la dueña de la casa, que esperaba en el salón; entonces Mr. Greston, con muchas excusas por su falta de sociabilidad, dijo que no había leído aún la prensa del día, y que, con permiso de miss Neslie, la leería allí.

—Hace una noche muy hermosa,—dijo.—La suplico que por mí no se quede usted dentro de casa, miss Neslie.

Sentóse junto á una ventana, y Bibiana salió á la terraza. La noche era deliciosa; Bibiana sentía un indefinible temor de encontrarse á solas con Gerardo. Permaneció á vista de la ventana; y aunque parezca extraño, Gerardo no parecía tener gran prisa en buscarla. Después se decidió á buscar la sombra en uno de los extremos, y apoyó los codos en la balaustrada.

Gerardo la siguió entonces, y aproximándose á ella, la tomó una mano diciendo:

—Miss Neslie... vengo por mi recompensa.

esto necesita purificarse. Jamás he visto partida más extravagante de huéspedes; y Holmes me ha dicho que hay visita que ha durado meses. Yo lo compondré discretamente. La diré si le soy de algún servicio en su traslado.

Hubo una admirable diferencia entre lady Valeria, la madre del heredero, dueña de Lancewood, y la abatida mujer que miraba al abogado cuando éste le hizo amablemente su pregunta.

—¿He de irme? Bien... no esperaba otra cosa. Haría justamente lo que Bibiana hace. Pero no iré á la sombría mansión de las viudas de la casa. Quiero residir en París. ¡A Dios gracias, aun cuando pierda Lancewood, no pierdo mi viudedad! Mr. Greston, dígame usted á mis Neslie que saldré de aquí dentro de quince días. ¡Oh... si mi hijo no hubiese muerto, esto no sucedería!

Como es natural, la muerte del joven heredero produjo gran conmoción. Los que habían censurado duramente á lady Neslie en los días de su prosperidad, la compadecían ahora, y la visitaron para expresarle sus simpatías. Sin embargo, todo el mundo decía que el accidente parecía realmente providencial, que toda aquella fortuna se hubiese desvanecido á permanecer milady mucho más tiempo.

La brillante partida de visitantes había desaparecido. El conde de Calloux, que había hecho el amor á la hermosa viuda, con el exclusivo objeto de vivir en Lancewood, fué uno de los primeros en despedirse. Dijo haber recibido cartas de gran importancia. Sentía marcharse tan apresuradamente, pero no le quedaba otra alternativa. Milady le miró con irónica sonrisa.

—Comprendido, señor conde,—dijo;—habiéndome quedado sin Lancewood, debo quedarme sin usted. Pero siento muchísimo más la pérdida de Lancewood que la de usted. Así, pues, "an revoir."

Transecurridas tres semanas, Lancewood quedó limpio de sus mal acogidos moradores, y Bibiana Neslie volvió á reinar de nuevo como soberana. Gerardo Norman le había escrito noticiándole su regreso. Con la carta el cartero llevó una pequeña cajita. Miss Neslie abrióla y encontróse con el anillo que semanas antes había puesto en el dedo de Gerardo.

Pensó para saber lo que aquello significaba, pero él llegaba aquella noche; entonces lo sabría todo. Mr. Greston permanecía aún en la casa; Bibiana se lo había suplicado. El abogado, que podía disponer por aquel entonces de su tiempo, no quiso negar aquel servicio. Quedó convenido que pasaría allí lo fuerte del verano.

—¿Por qué había Gerardo enviado el anillo? El sabía que el niño había muerto. ¿Sabía asimismo cuán arrepentida estaba de las palabras pronunciadas en un momento de desesperación? ¿La conocía lo bastante bien para comprender que habían sido dichas bajo un arrebato? Muerto el niño, ella comprendió cuán culpables habían sido.

La joven levantó su rostro y él notó una expresión mezcla de admiración y sorpresa. Notó también que la expresión era perfectamente sincera, y retrocedió lanzando una exclamación de pena.

—No comprendo,—dijo Bibiana,—¿y quiere usted decirme por qué me ha devuelto este anillo, Gerardo?

Bibiana vió que el joven se ponía pálido y se velaban sus ojos.

—¿Y usted me lo pregunta! ¡Gran Dios!... Pero ¿usted no ha comprendido?

—No. Dígame usted: ¿por qué me lo ha devuelto?

—Seguramente,—murmuró Gerardo,—yo no no entendí mal; seguramente yo no soñé que usted pronunció ciertas palabras.

—No tengo mucha paciencia,—dijo Bibiana,—y espero que me responda usted.

El joven dió un paso hacia ella.

—¿Quiere usted decir, miss Neslie, que no sabe usted dónde he estado... que no sabe usted lo que he hecho?

El corazón de miss Neslie desfalleció; un súbito, horrible temor se apoderó de ella. ¿Qué quería decir? Trató de preguntarle, pero le fué imposible despegar los labios.

Después cobró ánimos; nada tenía que temer.

—No,—replicó lentamente;—no sé lo que ha hecho usted, Gerardo.

—¿Recuerda usted la tarde en que la encontré sentada junto al reloj de sol? Lady Neslie y el conde de Caloux paseaban por esta terraza. ¿Recuerda usted lo que dijo... lo que daría usted al hombre que librase á Lancewood de su heredero?

—¡Gran Dios!—exclamó Bibiana, más para sí misma que para Gerardo.

Se asió á las ramas de hiedra porque creyó que caía desplomada.

—¿Lo dijo usted de veras ó no?—preguntó él.

—Lo dije de veras... pero el niño ha muerto,—balduceó miss Neslie.

—Miss Neslie, uno de los dos ha cometido una terrible equivocación. No le escribí á usted... no me atreví... temiendo que la carta cayese en otras manos; pero creí que había usted comprendido.

—Comprendido! ¿Qué?—exclamó ella en un arrebató de desesperación.—¿Me está usted matando con esas reticencias!

—Miss Neslie,—preguntóle él en voz baja,—¿creo usted realmente que el niño ha muerto?

—Ciertamente lo creo,—respondió Bibiana.

—Pues no ha muerto,—dijo Gerardo lentamente.—Creí que hablaba usted como lo sentía. Yo creí que quería usted que desapareciese, y yo lo hice desaparecer.

—¿Pero se ahogó en el Ringer!—dijo Bibiana levantando su descolorida faz.

—No, no se ahogó. Yo creí que usted hablaba de todo corazón. Usted dijo que el hombre que se lo llevase sería un bienhechor de la raza de los Neslie. Usted dijo que al que hiciera tal, le recompensaría con... con su vida.

—Lo dije; pero yo estaba loca, Gerardo. Loca

de pesar y vergüenza. No lo dije formalmente. Juro que no.

La agitación de Gerardo Norman era terrible.

—Entonces he maquinado, ideado, trabajado y pecado en vano!—dijo en voz baja y desesperada, tan desesperada que despertó gran emoción en el corazón de Bibiana.

Tomó una mano de Mr. Norman.

—Usted lo ha hecho por mí—dijo;—pero yo no comprendía. Creí que el niño se había efectivamente ahogado, y sentí mucho su muerte.

—Está vivo y sano,—replicó Gerardo;—camino de América con una persona que tendrá el mayor cuidado con él... una persona que hará de él un hombre bueno y honrado. Es tan niño, que pronto olvidará todo lo referente á Lancewood. Puede vivir en la abundancia, si usted quiere, pero lejos de aquí, y Lancewood permanecer en dignas manos.

La joven parecía como petrificada; el sol poñente, alumbrándola con sus últimos rayos, mostraba un rostro frío é inmóvil como el de una muerta. No hablaba ni hacía el menor movimiento. El golpe fué tan terrible que años después se admiraba de no haber muerto bajo su rudeza.

—¿Puede el cielo perdonarme!—dijo por fin.—Y á usted también... yo jamás me perdonaré! Me siento como culpable de un asesinato.

—No,—replicó él;—por lo que respecta al niño quizás vaya ganando; en lugar de ser un vicioso, inmoral y mal educado tirano, puede ser un hombre útil y distinguido.

—Sin embargo,—dijo ella vagamente,—todavía no comprendo. Usted estaba en Londres cuando Osvaldo desapareció... ¿Cómo pudo realizar el secuestro?

—Fui á Londres meramente para prepararme un disfraz,—contestó Gerardo.—¿Quiere usted que le cuente la historia, miss Neslie?

Inclinó un momento la cabeza, y luego dijo:

—Sí; cuéntemela usted... cuénteme todos los detalles.

CAPITULO XIV.

—Cuénteme usted todo lo referente al rapto de Osvaldo,—repitió miss Neslie.

—Se lo contaré á usted todo,—prometió él.—Lo reflexioné bien antes de separarme de su lado aquella noche en que le pedí el anillo. La dije á usted que partía para Londres á la mañana siguiente; creí que comprendería usted que era para esto.

—Ni siquiera lo soñé,—observó Bibiana solememente.

—Llegué á Londres y adquirí un disfraz que hacía de mí un anciano... una peluca y unas barbas blancas. Esto y un sombrero de anchas alas me transformaba de tal modo que era imposible reconocerme. Después compré unos vestiditos de niña y vine. Durante unos días estuve en observación, acechando una ocasión de llevarme al niño; la oportunidad se presentó por fin, y le encontré á la orilla del río. El niño no me conoció

y yo le induje á que entrase en el bosque conmigo.

Se detuvo bruscamente; un hondo gemido de Bibiana le alarmó.

—Miss Neslie,—dijo,—créame usted... el mal no es irremediable. Justo como hubiera muerto para hacerlo, moriría para deshacerlo.

—Continúe usted,—dijo Bibiana.

—Verá usted. Con el disfraz que llevaba, encontré al niño y no me conoció. Llevele al bosque y, contándole cuentos, le persuadí á que cambiase de ropas y se pusiese el trajecito de niña. Le gustó la broma y charló como una urraca; después, tomándole por la mano, bajamos por la orilla del río, y, sin que se percatase, arrojé su capita y su sombrero al agua... más allá el látigo. Luego cruzamos campo á traviesa, tomamos el tren en una estación de empalme y llegamos á Londres. Mi hermano, que me es sumamente afecto, se ha dedicado exclusivamente al cuidado y educación del niño; pero no sabe quién es, y cree todo lo que habla de Lancewood como producto de un cerebro debilitado... y, si sospecha, no ha hecho comentario alguno. Le he prometido quinientas libras esterlinas al año, y con esto puede educar y mantener perfectamente al niño. Estará bien alimentado, bien vestido, bien educado; será una persona decente, aprenderá una profesión ó carrera, la que él prefiera. Ama á mi hermano y le gusta su compañía.

—Pero,—preguntó Bibiana en voz baja,—¿no lloró por su madre ó su casa?

—No; la novedad del viaje y la perspectiva de cruzar el mar no le han permitido pensar en casa. Y creo, miss Neslie, que el niño no amaba gran cosa á su madre. Es además muy niño; y á su edad, pronto se desvanecen las impresiones. En cuanto permanezca un año al lado de mi hermano, pensará de Lancewood como de un sueño. La mayor parte de mi tiempo la he pasado en Liverpool haciendo preparativos para el viaje del niño. Le aseguro á usted, que cuando le ví por última vez, estaba sano y bueno; estaba en cubierta, riendo y saludándome con el pañuelo. Le aseguro á usted otra cosa... que era mucho mejor niño que cuando estaba aquí. Mi hermano es un hombre honrado, que hará de él otro hombre honrado. Si sospecha algún misterio, no será aproximado siquiera á la verdad... jamás pensará que es el heredero de Lancewood. Los avisos ofreciendo recompensas al que indicase su paradero no llegaron á conocimiento de mi hermano.

Bibiana permaneció completamente silenciosa, reclinada en la balaustada; después, súbitamente, levantó sus ojos al cielo azul.

—Yo no tenía la intención de que usted obrase como lo ha hecho,—dijo.—Aquel día estaba loca de vergüenza y de miseria, pero no hablaba seriamente... juro que no. Jamás pensé que diese usted tanta importancia á mis palabras.

Gerardo la miró tristemente.

—Comprendo: aquel día se sentía usted capaz de todo; después se ha arrepentido usted.

—Después no he pensado mucho en ello,—replicó ella.—Gerardo, mi mente no está clara...

la siento confusa. No sé si lo deseaba realmente. No recuerdo si después lo he deplorado. Sólo recuerdo que lo creía todo preferible á que Lancewood quedase en manos tan indignas.

El semblante de Mr. Norman se despejó.

—Entonces, después de todo, quizás no la haya desplacido á usted? Recuerde usted que yo quisiera morir por usted y que la muerte me sería menos dura que su desagrado...

Ella le miró con tristes ojos, sin percatarse de la intención de sus palabras.

—Todo puede remediarse, miss Neslie,—continuó Gerardo.—No tiene usted más que decir una palabra y lo hecho queda sin efecto. Partiré inmediatamente á América y me traeré al niño. Diré que fué secuestrado por gitanos ó merodeadores. Inventaré una historia con todas las apariencias de la verdad. Añadiré que el secuestro obedecía á ganar la gratificación que indudablemente se ofrecería. Lady Neslie tendrá tal deleite al recuperarle que seguramente perdonará al culpable. Le diré que los que han robado al niño confían en su promesa de ser perdonados antes de devolverlo. Confíe usted en mí... así como he hecho la cosa, puedo deshacerla. Miss Neslie, toda decisión queda en sus manos. El día en que usted deseó que el niño desapareciese, quizás habló sin reflexión, bajo la influencia de una pasión irrefrenable; luego, puede usted haberse arrepentido de lo que dijo; pero ahora tiene usted tiempo para pensarlo; así, dejó la decisión á su albedrío. Si dice usted "sí," iré en busca del niño inmediatamente, y que recaigan sobre mí todas las consecuencias; si dice usted "no," las cosas permanecerán como están hoy. A usted le toca decidir.

Bibiana permaneció inmóvil; las manos enlazadas; oía el crujir del papel que leía Mr. Greston, el débil susurro de la fuente, el suave gemido del viento; oía, y parecía todo como cosa fuera de su vida; estaba sola con aquella terrible decisión ante ella; sola con aquel terrible secreto que casi la asesinaba. ¿Diría "sí" para ver renovados en todo su horror los pasados días; ver á milady seguida de su séquito abigarrado; ver al tiránico hijo de una "ecuyère" señor de Lancewood? ¿O diría "no" y vería redivivo el antiguo honor de la casa? ¿Diría que sí, para conservar la paz del alma, aun á costa de Lancewood, ó diría que no, para no volver á tener paz en su vida?

Cuánto tiempo estuvieron ambos silenciosos, es cosa que ella nunca supo; pudieron haber transcurrido horas en aquel intervalo de agonía. Por último Bibiana levantó su faz de nuevo. Una faz descolorida, con una expresión en sus ojos que no se borró de ellos jamás.

—He decidido,—dijo con ronco murmullo.—Queden las cosas como están.

Gerardo la tomó las manos.

—¿Habla usted formalmente? ¿o lo sentirá usted después? ¿no se arrepentirá usted?

—Habló formalmente... el hijo de una titiritera no será el amo de Lancewood. Jamás me arrepentiré de esta decisión... es por el honor de los Neslie.

Y éste fué el pecado de su vida. Otra vez ha-